

UNA REFLEXIÓN CRÍTICA

Carlos Sandoval

Universidad Central de Venezuela
Universidad Católica Andrés Bello
sandovac@ucvve

[RESUMEN]

En este artículo se discute la pertinencia de la crítica literaria, como actividad reflexiva, y su posible impacto público. Se examina lo específico de la literatura y de algunos elementos involucrados en el juicio estético-cultural, ámbito de materialización del trabajo crítico. Asimismo, se define un posible uso de esta disciplina como mecanismo de contención intelectual contra la crisis que hoy atraviesa el país.

[PALABRAS CLAVE] Crítica literaria, Venezuela, política

[ABSTRACT]

In this article the pertinence of literary critique as a reflexive activity is discussed. Also, its possible public impact is considered. Specificity in literature and elements involved in aesthetic-cultural judgment, level on which the materialization of critique takes place, is thoroughly examined. Likewise, the possible application of this discipline as a way of intellectual contention against the present day Venezuelan crisis, is evaluated.

[KEY WORDS] Literary critique, Venezuela, politics

DEFINICIONES

En las «palabras liminares» de su monumental *Sobre crítica y críticos* (1991), Juan Luis Alborg advierte que la *especificidad* de la literatura, el conjunto de supuestos rasgos ontológicos que caracterizarían a aquellos textos que satisfacen necesidades estéticas (la poesía, el cuento, el teatro, la novela), resulta el concepto más fantasmático de la teoría literaria del siglo XX. No obstante, la busca de esa noción ha permitido el levantamiento de un impresionante cuerpo doctrinario y, sobre todo, el desarrollo de una disciplina que si no logra aherrajar al fantasma, en ocasiones dibuja parte de su perfil: la crítica literaria.

Alborg demuestra que desde el formalismo ruso hasta hoy los intentos por construir una *ciencia de la literatura*, al modo de las llamadas ciencias de la naturaleza con sus leyes y experiencias controladas, no ha rebasado el examen de problemas puntuales, propios más bien de las operaciones de la retórica o de las poéticas clásicas. Así, se puede conocer la disposición de las partes de un poema con base en los modelos antiguos, esto es, en la práctica de un formato

tradicional, el cual permite inferir el cumplimiento de unos singulares deseos constructivos. Pero es difícil contestar respecto de las pulsiones del artista que, como Eugenio Montejo, decide utilizar la arquitectura del soneto para exponer imágenes para él fundamentales (quiero decir, responder desde la perspectiva de una supuesta ciencia, de una metafísica literaria) y, menos aún, saber cómo será recibido ese material en un contexto de lectura que, en apariencia, ya no disfruta mucho de tal tipo de composiciones. De modo, pues, que la especificidad de la literatura no existe: sólo tenemos trazas de espectros (una metáfora, el modo en que un personaje toma el cigarrillo) que la crítica literaria sigue con obsesiva voluntad, como una estrategia para atrapar lo indefinible, pero presentido, en las obras de creación.

Ahora bien, si no tenemos un concepto que defina o permita reconocer cuándo un texto pertenece al campo de la literatura, una suerte de universal estético, digamos, que nos ayude a identificar lo que leemos como propio de un terreno tan delicuescente: cuál es el sentido histórico de los estudios literarios, de qué vale dedicar la vida a algo tan fútil que en más de dos mil años, desde la *Poética* de Aristóteles, no ha atinado con una sensata conceptualización de su particularidad. Más aún: ¿para qué sirve en un país como el nuestro (agobiado siempre por crisis sociales de variado cuño) ocuparse en las letras o en el análisis de los productos de ese ámbito? El mismo Alborg nos da una respuesta tentativa: las 1005 páginas de su libro constituyen una prueba de que, pese a la carencia de señas definitivas en el conjunto de los materiales artísticos sustentados en el verso o la prosa, el interés por fijar todas las acciones humanas (la bala que no llega a disparar el personaje de *Soldados de Salamina* en la novela de Javier Cercas, la interpretación sobre el pasaje de la existencia en el poema «Tabaquería», de Fernando Pessoa) deviene una condición natural del pensamiento cognitivo. Esto es, buscamos comprender los mecanismos de abstractas maquinarias de palabras, mediante la teoría y la crítica literarias, porque en ellas nos sabemos representados en una dimensión que supera, con mucho, la frialdad de las demostraciones científicas.

Aclaro: no es que la literatura proporcione mejores interpretaciones sobre el mundo físico o que pretenda sustituir los innegables avances de las *ciencias duras*. Lo que ocurre es que, tratándose de nuestra especie, del escrutinio de sus anhelos y frustraciones, de su cotidianidad, a veces es más útil un tropo o una tesitura narrativa antes que la exacta comprobación de un procedimiento químico en el cerebro de un personaje para entender la obsesiva caza de una ballena, la lujuria desencadenada por los pies de una mujer o el vacío asesinato de un indefenso árabe en una playa solitaria.

Aun cuando nadie sabe cuál es la especificidad *científica* de la literatura, hay, sin embargo, acuerdo generalizado sobre su humano servicio. Basta con leer cualquier historia literaria (occidental, andina, venezolana) para comprobarlo. Asimismo, la teoría como espacio reflexivo en torno de la escritura estética revela el interés de quienes intentan explicitar los fundamentos y las proyecciones culturales de los objetos que conforman sus sistemas. Por lo que toca a la crítica literaria, anotemos que su ejercicio es imprescindible al momento de discutir la pertinencia de aquellos bienes simbólicos que, apoyados en cierta tradición escrita, construyen el imaginario que sirve de barrera y muro de valores, de colgadura idiosincrásica en donde se dibuja el espíritu del país.